

Prensa y dictadura

La muestra que se inaugura el 23 de marzo, en el Museo de la Memoria, invita a reflexionar acerca del papel que jugaron los medios de comunicación durante el feroz régimen ilegal que azotó al país entre 1976 y 1983. Para acompañar esta exhibición gráfica y documental, periodistas de nuestra ciudad evocan, en este suplemento, sus vivencias en aquellos años.

Entre los años 1976 y 1983, la dictadura argentina diseñó un aceitado operativo mediático de validación del terrorismo de Estado. Las páginas de los principales medios gráficos así como programas de televisión y radio sirvieron de soporte para la difusión de mensajes orientados a justificar el nuevo orden autoritario. Censura, secuestro y desaparición de escritores y periodistas, una prensa controlada hasta sus mínimos detalles fueron parte de una compleja maquinaria funcional al encubrimiento de los crímenes perpetrados desde el poder.

La muestra –organizada a partir de material documental alojado en el Museo de la Memoria y en la Hemeroteca Municipal de la Biblioteca Argentina y curada por Graciela Sacco– no aspira a presentar en su totalidad ese fenómeno político y cultural sino a exhibir algunos momentos y temas claves aparecidos en publicaciones periódicas y de alcance masivo de aquellos años. Revistas como *Gente*, *Para Ti* o *Somos*, diarios de alcance nacional como *La Nación* o *Clarín*, entre tantos otros, reflejan en sus páginas no solo notas y reportajes de explícito aval a la dictadura sino también abundante material propagandístico en el que se convoca al público lector a aceptar como justo y necesario un estado de situación político y social reñido con los valores y principios de la justicia, la libertad y la democracia.

Prensa y dictadura reúne y pone en diálogo imágenes y textos que desmienten o cuestionan una verdad que se intentó imponer como única. Materiales que hoy, vistos en perspectiva, ponen en evidencia de manera clara la complicidad –en este caso de la prensa– con el régimen militar.



Nosotros no sabíamos

Rubén Chababo
 Director del Museo de la Memoria

En los primeros años de la democracia, el artista plástico León Ferrari dio a conocer una obra en la cual había trabajado desde los primeros días de la dictadura. La misma consistía en una serie de paneles en la que se reproducían, al modo de un *collage*, recortes extraídos de diferentes periódicos argentinos de circulación masiva y en los que de manera explícita se hacía referencia al sistema de desaparición y muerte desplegado por la última dictadura militar. León Ferrari extrajo pacientemente esos recortes de diarios aparecidos entre 1976 y 1977, en el momento mismo en que el plan de exterminio estaba en marcha. Es decir, no debió recurrir a periódicos extranjeros ni a prensa clandestina para construir su obra a la que tituló *Nosotros no sabíamos*,

una irónica manera de desmontar el lugar común que aún hoy insiste en decir y consolidar la idea de que en aquellos años todo se hacía en secreto y que nada aparecía en las páginas de la prensa.

La obra de Ferrari, construida exclusivamente con retazos de noticias, confirma de manera fehaciente que los tiempos de oscuridad no son necesariamente tiempos en los que no sea posible informarse, sino que siempre existe la posibilidad de saber qué es lo que pasa si uno está dispuesto a conocer esa realidad.

Nosotros no sabíamos se erige como una afrenta, no al sistema periodístico que de manera casi homogénea –y salvo excepciones– colaboró con la posibilidad de que el régimen hiciera lo que hizo con este país, sino con los ciudadanos de a pie, aquellos que en las madrugadas democráticas de 1983 prefirieron pensarse a sí mismos como víctimas de un engaño.

Es en las páginas de los principales medios gráficos argentinos en los que Ferrari des-

cubrió estas noticias que hablan de cadáveres dinamitados, encontrados a la orilla del Río de la Plata o en las afueras de Buenos Aires, denuncias por expulsión de extranjeros y solicitadas pidiendo por la suerte de los desaparecidos. Esas noticias “entran” a los hogares, se desplegaban sobre las mesas del living o la cocina, pero nadie o pocos querían verlas.

Acaso sea allí, en esa pregunta que la obra de Ferrari nos pone frente a los ojos, donde resida uno de los desafíos más inquietantes que los argentinos debemos responder. No otro que el de aceptar que ese tiempo histórico, lejos de parecerse a un monolítico territorio de oscuridad y silencio, tuvo grietas a través de las cuales la verdad emergió tantas veces.

Una verdad que muy pocos se atrevieron a ver y reconocer, a pesar de estar escrita y reproducida millones de veces, en letras de molde, en todas las calles y esquinas del país.

Silencio de radio

Por Armando Cicerchia
Periodista y abogado

El trágico vendaval que se desató en la Argentina el 24 de marzo de 1976, preanunciado por el accionar de la lopezreguista Triple A durante el breve ciclo isabelino, trajo a la radiodifusión rosarina una devastación aún no suficientemente analizada. Al tiempo que los feroces grupos de tareas comenzaban su labor genocida, existían en esta ciudad sólo tres emisoras de radio, todas estatales, y apenas despuntaba la era de las FM. Cuando la dictadura cívico-militar irrumpió a sangre y fuego con la excusa de la lucha antipolicial para instalar su plan neoliberal al servicio de grandes intereses, una de sus primeras acciones fue dominar las radios con el claro propósito de controlar la información, ya que no debían conocerse las violaciones a los derechos humanos que sucedían en las catacumbas del proceso.

Tres interventores militares, todos del Ejército, fueron designados para dirigirlas en un contexto de represión de toda resistencia popular. Una de sus primeras medidas fue extender la jornada laboral de seis a siete horas y reducir el descanso semanal de dos días a uno. Quienes se cobraban vidas sin juicio previo no iban a detenerse en leyes laborales como el estatuto del periodista profesional o los convenios colectivos de trabajo.

El estado de derecho ya no funcionaba, la Junta Militar sustituyó al Poder Ejecutivo, la Comisión de Asesoramiento Legislativo al Congreso y la actividad política y sindical fueron prohibidas. El Poder Judicial se convirtió en un apéndice que negaba hábeas corpus y los abogados que se atrevían a defender a presos políticos y sociales corrían la misma trágica suerte que los desaparecidos. El plantel informativo de LT3 Radio Cerealista, uno de los más comprometidos de la época, que había alcanzado un alto grado de profesionalismo en la difusión de noticias, fue rápidamente diezmado con cesantías o renunciaciones, forzadas por el temor o la extorsión. Sus once integrantes de principios del

Aquella política de lesa humanidad necesitaba de la complicidad mediática que, si no podía conseguirse persuasivamente, era arrancada por métodos menos escrupulosos.

76 se redujeron dos años después a sólo tres con aquella ofensiva, cuyo claro propósito fue silenciar la información para contribuir al siniestro plan, concebido y ejecutado en la clandestinidad, que la historia posterior denominaría –justificadamente– terrorismo de Estado.

Aquella política de lesa humanidad necesitaba de la complicidad mediática que, si no podía conseguirse persuasivamente, era

arrancada por métodos menos escrupulosos. Este antiguo redactor-locutor lo vivió en carne propia cuando por un incidente menor fue conminado a elegir entre dos caminos: renunciaba o le aplicaban manu militari la ley de prescindibilidad que le impediría volver a trabajar y lo pintarían con un peligroso barniz subversivo.

El entonces jefe de este hoy viejo cronista preparó el camino del retiro forzoso: “Hijo, te salvaste de que te mandaran la patota” fueron sus palabras horas después de una discusión con él y con el interventor alrededor de la realización de una nota periodística. Ese jefe, de edulcorada voz, provenía de LT8 y había sido premiado con la conducción perio-

distica de la Tres después de toda una vida de servicios a las Fuerzas Armadas a través del programa Operativo Azul y Blanco, dedicado a exaltar la acción militar.

Un antiguo compañero de la Ocho que se atrevió a descalificar sus aptitudes para el cargo fue sancionado con varios días de suspensión y acabó perdiendo su trabajo. Si se buceara con mayor profundidad en aquel pasado oprobioso, ese gesto de Osvaldo Mal-

periodístico rosarino cayó en desgracia. Nos indemnizaron a todos. Pero la experiencia sirvió para que se nos pegara el vicio. Queríamos ser periodistas.

Y por suerte algunos empresarios creían que podíamos serlo. Así fue que terminé a cargo de la redacción del diario Rosario. No sé si estaba capacitado para ello, pero como se dice ahora: “era lo que había”. La dictadura retrocedía y no tenía tiempo de controlarnos. Nos dimos algunos gustos que puedo enumerar al correr de la memoria.

Pudimos publicar algunos editoriales de monseñor Zaspé, obispo de Santa Fe, antes de que se moviera la Iglesia local y protestara porque un prelado de otra diócesis escribiera en un diario con el nombre de la Santísima fundadora de la ciudad. Una ilustración de El Tomy –sobre el asesinato del obrero Dalmiro Flores durante una manifestación contra la dictadura, el 16 de diciembre de 1982– dio vuelta el país; estuvimos sin dudas al frente de las denuncias

de quien hasta hacía poco le escribía los discursos al comandante del Segundo Cuerpo?

Son esas mis vivencias más sentidas. Siempre tratando de olvidar lo malo. Dirigi un diario que fue la primera escuela profesional real para decenas de periodistas que están hoy en actividad en Rosario y sólo por eso le agradezco a la vida. Si después algunos tomaron el rumbo del “periodismo objetivo” no me siento responsable.

Diez años antes, durante el gobierno de Lanusse, me fue a buscar Agustín Fedec y su patota; estuve cara a cara con él; después me interrogaron encapuchado, a los golpes y con picanas eléctrica. Durante el gobierno de Isabel Perón me volaron la casa con troyel. Todavía no era periodista.

En 1982 me secuestraron dos días y no sé si fue por mi actividad periodística o, por el contrario, eso me salvó. En el 83, ya en democracia, tenía que andar escondido por haber denunciado con nombre y apellido a los res-

Pudimos publicar algunos editoriales de monseñor Zaspé, antes de que protestara la Iglesia local porque un prelado de otra diócesis escribiera en un diario con el nombre de la Santísima fundadora de la ciudad.

sponsables del asalto nocturno a los archivos de la Conadep en los Tribunales, en un programa de radio que conducía en LT 3. Si, fueron momentos muy feos. La dictadura de Videla fue un momento trágico para mi generación. Pero no el único. El periodismo una profesión un tanto peligrosa. Pero no la única. Lo quería aclarar para quienes creen que la nuestra es una profesión que requiere de un temple especial. No es así. Son las convicciones las que te mantienen más o menos derecho. En el periodismo y en la vida.

El nunca más debe llegar a la prensa

Stella Hernández
Secretaria gremial del SPR

No se sobrevive solo. Es la síntesis del aprendizaje que me (nos) dejó la etapa de la dictadura. Lo terminé de leer en un libro fantástico de Françoise Davoine y Jean Gaudillière sobre la locura de las guerras, pero lo aprendí antes en el sótano del Servicio de Informaciones. El terror generó vínculos profundos entre los que atravesamos un centro concentracionario, pero obtener la libertad fue otro desafío a la supervivencia: ya no estaban los compañeros; o estaban presos o muertos o desaparecidos o exiliados. Reconstituir los lazos sociales fue difícil frente a una sociedad que se petrificó en la negación de los hechos. Donde escuchar al Otro era intolerable. Y así anduvimos por esos años.

Pude, sin embargo, tirar una soga que me salvó: ir a la facultad. Pese a opiniones y consejos en contra de esa incursión, lo hice. Estudié Comunicación Social, Periodismo. Y fue en esas aulas, en la actual facultad de Derecho, donde hallé los otros vínculos que me sostuvieron. Transitó la Universidad del nefasto rector Humberto Riccomi, quien de-

testaba especialmente las carreras sociales, y más especialmente a Comunicación. Tenía sus razones: allí se hizo en 1979 la primera asamblea de universitarios que hubo en todo Rosario para formar un centro de estudiantes!! Era, yo lo sentía así, una locura pero no podía no estar. Veía a mis compañeros, muchos militantes del PC y de la FeDe, embarcados en la propuesta pero también veía en las reuniones a Anita Kristeller, y algunos servicios más.

Fue esa facultad, decía, la cuna de mis otros afectos, que perduran hasta estos días. Sin esa facultad no imagino esos años. Desde luego que no fue la academia ideal para aprender periodismo. Textos censurados, autores prohibidos, materias ignoradas. Sin medios de prensa de referencia donde aprender. Los medios de ese período son otro capítulo. Era la usina de reproducción de partes policiales y militares. No cambiaban un ápice los pobres comunicados oficiales. Y no era la pobreza del texto el hecho más relevante sino la mentira con que, en el caso de los famosos enfrentamientos, dibujaban el asesinato de nuestros compañeros. Los presos políticos fuimos testigos de militantes sacados de los sótanos y asesinados, mientras que en la prensa aparecían como feroces delincuentes terroristas muertos en combate contra las fuerzas del or-

den. Jamás una investigación, una duda planteada, un intersticio donde dejar asomar una pequeña verdad. Un poco de valor, no mucho, hubiera ayudado a salvar vidas.

Sé que es difícil hacer historia contrafáctica, pero estimo que la reflexión sobre esos años y la prensa no se puede abordar sin la herramienta del cómo hubiera sido. Desde mi lugar como periodista, como militante del Sindicato de Prensa Rosario, puedo decir que no se avergüenza esa prensa. Seguro que no se puede pedir heroísmo, que fue una etapa de una

ferocidad espeluznante pero la dictadura nos pasó a todos, y en cualquier lugar, desde cualquier rincón, la solidaridad, la empatía, la alteridad, no se pueden perder sin riesgo de perderse a uno mismo. Es hora de aprender de lo que cuesta nombrar, de convocar a la razón y al sentimiento para que el nunca más también llegue a la prensa. No se puede sobrevivir a cualquier costo. No se sobrevive solo. Lo aprendí en esos años, lo sigo aprendiendo.



El periodismo no es una profesión especial

Por Oscar Bertone
Periodista

Empecé en el periodismo en el año 1977, a un año de la tragedia del fatal 24 de marzo, y cuando recién tomábamos conciencia de la tremenda dimensión de la derrota.

Como se abría un diario nuevo en Rosario, debo sincerar que una extraña conjunción de casualidades hizo que el aprendizaje del oficio me resultara sencillo. Salía a la calle El País en la Noticia un intento de gente ligada al Opus Dei, que necesitaba armar una redacción.

La suerte que tuvimos algunos, es justo decirlo, es que quien seleccionaba al personal periodístico era Raúl Gardelli, un hombre que disfrutaba mucho más de las charlas sobre música, literatura o cuestiones culturales en general, que del encuadre ideológico de los empleados. Los universitarios le caían bien.

Así terminó en la sección Cables, que armaba las páginas de información nacional e internacional, preferentemente de la agencia DYN, para mantener cierta independencia de Té-

lam, que era directamente una propaladora de comunicados castrenses.

Lamento desilusionar al lector si no encuentra en el relato ningún episodio épico. Los que tratábamos de entender qué estaba pasando afuera, nos conformábamos con conservar el trabajo e ir aprendiendo para mejores tiempos. Más claramente, nos dábamos por satisfechos con meter alguna que otra línea “esclarecedora” cuando se nos pedía alguna síntesis sobre la relación Sadat-Beguín, sin criticar demasiado a Jimmy Carter, de quien sólo sabíamos aquí en Rosario que estaba interesado en el difuso tema de los Derechos Humanos en Argentina.

Los editoriales y las notas políticas nacionales llegaban desde Buenos Aires o eran escritas por los secretarios, los cronistas policiales solían moverse para cubrir notas en autos de... la policía, y algún colega de deportes fue severamente percibido por haber escrito que... el césped de la cancha de Central no estaba debidamente preparado para jugar los partidos del Mundial.

Las peleas dentro de la Junta Militar tuvieron su impacto en el diario. El empresario José Rafael Trozzo, fundador del Banco de Intercambio Regional y mentor del engendro

La autocrítica que nunca fue

Por Alicia Simeoni
Secretaria adjunta del SPR

Veintiuno de junio de 1977, mediodía. Ya había hablado con el ‘maestro’, Don Víctor Mainetti. Me había dado todas las recomendaciones habidas y por haber. Quedarme callada, hablar lo indispensable, muy poco. Uno, dos, tres, cuatro... Subí la escalera que percibí como la más empinada e importante de mi vida hasta la redacción del vespertino La Tribuna, en la planta alta de Santa Fe 926, donde ahora funciona una escuela de cocina. Allí me presentaron a quien sería luego mi jefe, Isaac Efron, encargado de la corrección del diario que había sido muy popular en la ciudad y estaba en franca caída. Lo de popular remitía a la vocación de tomar la palabra y las necesidades de los sectores de trabajadores y de los menos favorecidos económica y socialmente, pero además se vendía de manera importante en los barrios, por la tarde. “Diario de ‘burreos’ y quinieleros”, me decían cuando cantaba que estaba allí, a mis 22 años.

Las piernas me temblaban y repasaba mentalmente todo lo que no debía mencionar: que era estudiante de la carrera *estatal* de Comunicación Social, creada hacía muy poco tiempo, ya que el ingreso, en 1973, tuvo que ser en el único lugar universitario que encontré en Rosario, en el Colegio Sagrado Corazón. Esa carrera fue cerrada en un Día del Periodista, el 7 de junio del mismo año en que había comenzado a estudiar con la excusa de la eferescencia estudiantil. Tampoco debía decir

que era militante de la FEDE y, además tenía que tener en cuenta que no había mujeres en la redacción del diario, sólo dos compañeras en la administración. Los medios impresos, pero todo lo relacionado con la noticia en general era territorio de hombres, ambientes misóginos y mucho más que discriminadores. La bohemia y la vida nocturna eran el común denominador: parecía que sin cumplir esos requisitos no se podía respirar y disfrutar del olor a tinta, de la presión de un cierre. Según lo que conocía sólo había una compañera en la redacción de La Capital. La mayoría de mis pares de facultad eran militantes de la JP, y militantes o no militantes fueron mucho más que compañeros, amigos, hermanos, como el Pato Mauro. Justamente él y yo, somos los dos únicos trabajadores de prensa de ese golpeadísimo y diezmado ingreso de 1973.

Cuando ingresé a La Tribuna ya habíamos sufrido algunos golpes grandes en la que era la población de la carrera que había sido acogida en un lugarcito, en calidad de Instituto, en lo que era Filsofía y Letras, con un decano ‘enorme’ como era Nicolás Rosa, Susana Frutos como secretaria académica y un primer director de la carrera pública, el profesor Víctor Aliprandi. Todo lo que ocurría era terrible y para el ejemplo recuerdo dos casos: el secuestro de una pareja de compañeros de curso, Adriana Intelesano y Jorge Rajoy, quienes ya tenían un bebé, Diego, y la muerte de Daniel Cambás, el marido de una querida compañera en el hecho de calle Balcarce al 600, el 30 de diciembre de 1976. Y digo ‘el hecho’ porque para los medios todos eran enfrentamientos con subversivos.

Todos éramos subversivos y lo que pasaba a diario no era reflejado en los diarios. Ni que hablar de las radios o de los canales de televisión. Los medios eran reproductores de los comunicados del Segundo Cuerpo de Ejército o de la policía; ninguno dijo la verdad. Todos mintieron. Ninguno se puso al hombro ni una pequeña parte de la responsabilidad social que les competía, que siempre tuvieron en la construcción del imaginario social, ni contaron la verdad de lo que pasaba con los titulados ‘enfrentamientos’. El secuestro, el robo a manos de ejércitos de forajidos, la tortura, los fusilamientos. ¡Cuánta mentira, cuánto silencio, qué tremenda deformación!

Los medios nunca hicieron autocrítica. A esta altura parece que nunca la harán, aunque hay que seguir recordándoles que fueron y siguen siendo cómplices de la cultura del ocultamiento

Los medios de comunicación masiva nunca hicieron autocrítica. A esta altura parece que nunca la harán, aunque hay que seguir recordándoles que fueron y siguen siendo cómplices de la cultura del ocultamiento, del ‘por algo habrá sido’, que caló tan fuerte en la sociedad argentina.

Dos meses después de mi ingreso al diario secuestraron al responsable de la propaganda del PC, Rubén ‘Tito’ Messiez quien continuó desaparecido y, en 1979 a un dirigente de la FEDE, Sergio Schilman, dos personas a las que conocí y quise mucho. El abismo entre la realidad y la prensa fue tan inmenso que corresponde decir que los medios desinformaron y construyeron una historia falsa de la cotidianeidad de los años más sangrientos de la Argentina.

Algunos datos:

*Sobre el fin de la dictadura, hasta el entonces diario Rosario llegaban policías y civiles a pedir fotos de las distintas marchas que se hacían en la ciudad.

*En La Tribuna, cuando ya el diario estaba en manos de Ranwel Caputo y Raúl Gardelli era el jefe de redacción, en calle Alem al 2400, me encargaron una de mis primeras notas en el Museo Histórico “Julio Marc”. Fui con la indicación de acercarme para tener una foto ‘del diario’ con el genocida Videla que venía como presidente. Mi intención era poder hacer alguna pregunta de las tantas que me ahogaban. En décimas de segundos un montón de militares me empujaron. No fue lo mismo con quienes, acreditados, frecuentaban la sede del II Cuerpo.

*No hubo en Rosario ni en la provincia de Santa Fe ningún periodista detenido o víctima de la persecución del proceso. Esto no quiere decir que deberían haber existido, pero la situación habla de la existencia de una prensa complaciente, uniformada, temerosa y temeraria.

Espera en la oscuridad

Por Daniel Briguet
Periodista

Ruidos de sirenas y coches que aceleran. Y San Luis desierta con las persianas bajas y las redes de metal. Corre hasta llegar a un pequeño zaguán y se apoya contra la puerta como si quisiera confundirse con ella. Pasa un Falcon verde con un Serpico que asoma su cabeza por la ventanilla y una Itaka. Por suerte no lo ven. Corre hasta Dorrego, dobla en la esquina y alcanza a ver la entrada al pasillo. En el penúltimo depto ve luz en la pieza de Haydée. Saberla levantada le causa cierto alivio. Haydée tiene su pieza en la planta alta y a la mañana temprano suele verla bajar envuelta en una toalla, rumbo a la ducha. Pequeña y de rostro agradable, el muslo que asoma entre las faldas le provoca un intenso cosquilleo. Entra a su depto sin hacer el menor ruido y una vez en su habitación, apaga todas las luces. Se tira en la cama recordando las palabras del Mono. "Le bajaron una lista y el primero sos vos". Debería estar alerta pero está demasiado cansado para permanecer despierto. Entra en una suerte de nube sin saber en dónde está. Cuando se despierta ve adelante, adonde debería asomar la luz del patio, una suerte de pantalla negra que impide toda visión. Tal vez es la persiana que bajó al llegar.

Vuelve a repasar las palabras del Mono y por una asociación relativamente libre, en la pantalla se recorta la imagen de Jorge. Jorge detrás de la barra del boliche, un par de esbirros que entran, preguntan por él y se lo llevan. Y él que corre detrás sin poder alcanzar el Falcon que se aleja por calle Laprida. Dos meses sin saber nada. Hasta que llega la versión de que está en los subsuelos de Jefatura. Y al final el relato del mismo Jorge, que pudo

—¿Una lista?
—Sí, una lista.
—¿Y qué pasa?
—Pasa que la encabezás vos – dijo el Mono, con su mejor cara de arreglapeitos.

zafar porque no estaba en nada, contando las sesiones de tortura y el último día, en que creyó que era boleta y lo terminaron soldado en un descampado. Corriendo entre los matorrales, sintiendo que tal vez le apuntaban, hasta llegar a su casa con la casaca de mozo manchada de sangre. Y en medio de la sucesión de imágenes, recuerda que Haydée le pidió si podía enseñarle a escribir a máquina para un laburo que

está buscando. Ningún problema. Y hasta una oportunidad de estrechar vínculos, para él que es tan lerdo. Ningún problema tampoco en el diario donde la autocensura funciona envasada y toda la información responde a un circuito donde nada es como parece o se oculta. ¿Alguna anécdota de esa época? Repetirá después, cansado. Sí, un reportaje in situ a Menéndez cuando estaba sublevado. Las imágenes sobre la pantalla siguen, como un videoclip. Y lo que ve ahora es el pequeño narguile de madera que le regaló Brenda. Brenda en su pieza de pensión, envuelta en un maillot negro como una danzarina. Un romance breve y una borratina más larga. Y el encuentro con una amiga con datos frescos: Brenda tuvo que rajarse, allanaron su casa, está en un kibutz en Israel. Y la hermana de Brenda que en un viaje le trae el narguile y una carta que todavía guarda en el cajón de su mesa de luz. No sabe en qué momento aparece humo en la pieza de madera pero lo que ve ahora son tubos de probeta y dos manos grandes que mezclan líquidos. Es un laboratorio de química y el dueño de las manos es un tal Lofiego, a quien después se lo conocerá como El Ciego. Subsuelos del colegio secundario. Y años de democracia con El Ciego moviéndose libre de culpa y cargo. Hasta que por fin asome un jirón de justicia verdadera. ¿El tragalibros convertido en torturador y violador? ¿El laburante inocente en la mesas de torturas?

Había que ponerle un nombre al terror para que esos diabólicos equívocos cesaran. Un nombre, un rostro y un lugar. Había que dejar de pensar en extrañas operaciones de la KGB para darse cuenta de que el terror estaba entre nosotros, que aquí se había parido y aquí debía acabar.
—¿Una lista?
—Sí, una lista.
—¿Y qué pasa?
—Pasa que la encabezás vos – dijo el Mono, con su mejor cara de arreglapeitos.
Fue cuando empezaron las noches en vela y la espera de pasos en el pasillo. Lo demás, sueños que retornan como malos recuerdos. Sale al patio con las primeras luces del alba y escucha ruidos cerca de su puerta. Como alguien que sale.
Abre la puerta con cuidado y ve la silueta muy alta de Lorena, rumbo a la calle. La silueta muy alta y las piernas torneadas. Haydée era pequeña y 37 años después, Lorena es una esbelta mujer. Alcanza a preguntarle la fecha del día.
—Creo que es 24.
Claro, qué otra fecha podía ser. Hoy es 24 de marzo y habrá banderas flameando y cánticos recordando a los compañeros que ya no pueden asistir a una cita. Pero pueden retornar para gritar ¡presente! en los pliegues del aire. Si esta tierra tiene un destino, piensa él, es el que ellos nos abrieron.

La escuela de Comunicación Social en la antesala del proceso

Profesor Víctor Aliprandi (*)

No me voy a referir a la prensa durante la noche de la dictadura sino que voy a dar un pantallazo sobre mi experiencia durante el prólogo del proceso, no tanto en lo que hace a la prensa, sino a la Escuela de Comunicación Social, hasta marzo de 1976. Yo estudié periodismo en la Facultad de Humanidades (UCA) fundada en 1966 y cerrada en 1972/73. Completé el cuarto año en 1971 y tuve una rápida inserción en la docencia y en el periodismo.

Está claro que las escuelas de periodismo o de comunicación social, por la incidencia de las ciencias sociales, eran carreras conflictivas durante la década del 60 y ni qué hablar en la del setenta. De hecho la de *Periodismo y Ciencias de la Información* en la UCA, en Rosario, duró apenas 7 años y fue cerrada por decisión del obispo Bolatti, que no toleraba que esa facultad fuese un ámbito de debate y discusión sesentista, con influencia de la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II y los curas tercermundistas.

Comunicación Social en la UNR

Cuando fue cerrada, durante la primavera camporista, sus alumnos, por disposición del ministro de Educación Taiana, fueron recibidos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNR y la carrera pasó de *Periodismo a Comunicación Social* con una extraordinaria conjunción en su diseño de materias y contenidos entre docentes y alumnos. Tuve el honor de ser el primer director de esa extraordinaria experiencia.

Costó mucho que desde el Rectorado se aprobase el plan de estudios, requisito indispensable para la oficialización de la nueva carrera. Fue necesaria una mediación del ministro de Justicia de la Nación, doctor Benítez, ante su

hermana la secretaria académica de la UNR para que se aprobase ese plan de estudios que, según ella, tenía más de maoísmo y tercermundismo que de periodismo. Lograda la aprobación, la nueva carrera se instrumentó con solo tres cargos docentes rentados, pero *Comunicación Social* paso a existir en la Universidad Nacional de Rosario hasta nuestros días. No nos olvidemos que, a partir de la muerte de Perón y aún antes, ya había comenzado el *prólogo del proceso* favorecido por muchos funcionarios del gobierno constitucional.

Intervención y traslado

De hecho, el 17 de febrero la *Triple A* me amenazó de muerte a través de los diarios, no sólo a mí sino también, antes, a otros profesores previa creación de un clima adverso a través de diarios de Rosario y Buenos Aires, por ejemplo *Crónica* de Rosario el 2 de enero de 1975 y *La Nación* del 6 de enero de 1975.

Cuando se publicó la amenaza de la Triple A, esa misma tarde el ministro de Educación de la Nación, Oscar Ivanissevichh, le preguntó al rector Carlos Rovere, refiriéndose a mí, "¿Cómo! ¿todavía está?". Ese mismo día se intervino el Instituto de Comunicación Social, se lo entregó a un representante de la CGT, Lorenzo Decándido, se cesantearon masivamente 30 profesores y se lo trasladó a la Facultad de Derecho en una triangulación, no sólo geográfica, con la CGT y el Comando del Segundo Cuerpo. Entre los cesanteados figuraron Nicolás Rosa, Arturo Fernández, Enrique Basualdo, Susana Frutos, Lucrecia Escudero, Alberto Ascolani, Héctor Bonaparte, Angel Presello...

Producido el golpe, un año después, siguió la "limpieza" incluidos algunos que colaboraron en el mencionado prólogo. El proceso ya no los necesitaba.

Todo esto no logró anular una *carrera conflictiva* desde que incorporó, en los sesenta, los aportes de las ciencias sociales y por su

sensibilidad a todo lo que estaba pasando en el mundo y el país: Concilio Vaticano II, Movimiento de Obispos y Sacerdotes del Tercer Mundo, la Revolución Cubana, la no alineación de los países del Tercer Mundo, la guerra de Vietnam, el Mayo Francés, el Luche y Vuelve, la CGT de los Argentinos, el triunfo de Salvador Allende en Chile...

No obstante y pese a esos intentos antidemocráticos, muchos egresados de ese período, que duró hasta 1984, resultaron excelentes comunicadores que hoy siguen ejerciendo sin haber incorporado la ideología del proceso.

No fue un hecho aislado

Lo que sucedió con la Escuela de Comunicación Social es un indicador más de lo que pasó con la Universidad y con la prensa mientras se gestaba el golpe cívico militar del 76, conspiración que comenzó el mismo 11 de marzo del 73 cuando Lanusse le colocó la banda presidencial a Héctor Cámpora.

Hoy está claro que la prensa, fundamentalmente las empresas, fueron funcionales a la arremetida comunicacional del proceso. La única autocrítica contundente que yo escuché al recuperarse la democracia provino de Quique Pessoa, en la Cátedra Abierta que realizamos en el ISSET 18 cuando dijo: "Los que no colaborábamos con el proceso, al menos mirando para otro lado y callándonos, no trabajábamos en los medios, menos en una posición destacada y yo me incluyo. Que no digan que no se sabía lo que pasaba porque a las fuerzas de seguridad, a la Iglesia y a los medios llegaba la información".

Mi experiencia o trabajo en la prensa y en la docencia durante el proceso fue nula porque yo era uno de los prohibidos. En el 76 me tuve que sumergir y trabajar en la construcción como empapelador, oficio que había aprendido siendo estudiante. Por los medios era conveniente no pasar.

En 1984 comenzó otra historia.

(*) *Docente, comunicador social, director de la Escuela de Comunicación Social de la UNR, períodos 1974-75 y 1988-1992; subsecretario de Derechos Humanos de la Provincia de Santa Fe (2004 - 2006).*

Mónica Fein
Intendenta
Fernando Asegurado
Secretario de Gobierno
Horacio J. Ríos
Secretario de Cultura y Educación
Mónica Peralta
Subsecretaria de Cultura y Educación
Claudio Demarchi
Director de Comunicación Social
Susana Dezorzi
Directora General de Entidades y Organismos
Rubén Chababo
Director del Museo de la Memoria
Viviana Nardoni
Subdirectora del Museo de la Memoria

Agradecimiento especial a **Rosario/12** por facilitar esta publicación.

museo de la memoria
ROSARIO | ARGENTINA

MUNICIPALIDAD DE ROSARIO MR